

EL MÉDICO¹

El medico en la antigüedad; el médico en la época moderna; condiciones y facultades del médico: saber vasto y profundo; erudición universal; poder de intuición o de síntesis; facultad de análisis; sentido de la realidad; la acción en el médico; el médico es un soldado; paralelo entre el soldado y el médico; la sensibilidad del médico; la conciencia; la experiencia; la diplomacia; el psicólogo; el filósofo; el artista; el hombre de mundo; el valor físico y el valor moral; la tristeza; la abnegación en el médico; el optimismo; la fe en la ciencia; el trabajador; síntesis del médico.

I

La Medicina en la historia tiene algo de sacerdotal y de augusto. Realízase en templos llenos de misterios y sus hierofantes se presentan con la majestad y el prestigio de los augures. ¿Por qué los antiguos daban a la medicina esa significación casi religiosa, y al médico esa función casi divina? Es que, sin duda, comprendían mejor que los modernos todo lo que hay de grande y terrible en ese poder de entrar en los secretos de las almas y de los cuerpos, y mandar a la muerte, al dolor y a la vida. ¿Crear no es oficio de dioses? La muerte insaciable ¿no está en manos de las potencias fatídicas que dominan el mundo? El que salva una vida, la crea, y se impone a la muerte. ¡Vive! dice el médico desde su trípode extraña, y el hombre que va a morir se levanta y anda. ¡Paso a la muerte! decreta su voz grave, vencida y triste: la anuncian los dioses infernales y nada podrá detenerla. Y la muerte pasa inevitable y funesta. ¿Es un hombre, es un dios? – dicen a la vez el labriego humilde y desvalido y el príncipe altivo y fastuoso – los dos de rodillas, temblorosos, anonadados, unidos, fundidos al fin en el mismo terror humano, en la misma cobardía de la carne, ante esa potencia formidable que todo lo iguala y todo lo nivela, y puede dispensar o arrebatarse los más grandes bienes de la tierra.

¹ Conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de Montevideo (Uruguay) el 2 de setiembre de 1916 por el Prof. Dr. Francisco Soca (1856-1922). Publicada en SELECCIÓN DE DISCURSOS, Tomo III, Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Volumen 144, Montevideo 172, pp 230-255.

Véase su biografía en: <http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares/soca.pdf>

II

En la época moderna los pueblos son, en el conjunto de sus variadas jerarquías, ya que no en la masa, menos simples y más sabios. No creen en los oráculos ni en los dioses, los milagros han dejado la tierra o, mejor, andan por las calles mezclados a la vida burguesa más vulgar y más materializada. Los centauros de hierro y los hipogrifos alados cruzan la tierra y los cielos, sin obtener una mirada del hombre que se asemeja a un Dios, por su soberbio desdén o por su magnífica indiferencia. Es que los milagros se han convertido en hechos banales y sucesos caseros. ¿Qué diría el hombre antiguo si despertase de su largo sueño y hallara sus vagas leyendas convertidas en realidades luminosas y sus fanatismos siniestros en ideas de vida, de fuerza y de grandeza?

¡Qué grandes adivinos eran los poetas de las primeras alboradas del hombre!

Pero en medio de estos derrumbes y estas prodigiosas resurrecciones; en medio de tantas realidades muertas y tantos sueños que viven y palpitan; al través de tantas revoluciones históricas, en las que ninguna majestad humana ha sido respetada, el médico se mantiene todavía en la altura y conserva aún su fuerza y su invencible prestigio. No lleva ya el traje sacerdotal, ni tiene la voz honda y grave de las dolorosas adivinaciones, pero entra siempre en el misterio de las almas y de los cuerpos y todavía está en comunión con las grandes fuerzas de la naturaleza, que son las divinidades modernas; todavía es fuerte y terrible, porque todavía manda a la vida y a la muerte. No se sirve, sin duda, de los terrores y de las supersticiones de las tristes multitudes, ni tiene en sus manos el rayo de las cóleras divinas. Sus instrumentos son la verdad y la ciencia, la ciencia más fuerte que el fanatismo; hada nueva y milagrosa, más grande que todas las viejas legiones de dioses inmortales; fuerza buena, generosa y sin límites, que ha transformado la tierra haciéndola más bella que el cielo y ha realizado el sueño audaz de Prometeo, entregando al mundo, después de torturas milenarias, el fuego sagrado que arrancara el gigante a la bárbara tiranía del Olimpo.

Es la ciencia quien ha hecho del médico una de las más portentosas fuerzas sociales de los tiempos modernos, es decir: la fortuna y el poder, la guerra y la paz, la prosperidad y la ruina, la gloria y el oprobio, el amor y el odio, - todas las potencias subterráneas y celestes que dirigen y llevan a las sociedades humanas hacia sus oscuros destinos. El médico aparece. Es inútil que queráis desdeñarlo: descubríos. Tiene el prestigio y la fuerza de la masa; es un mundo que se vuelca sobre vos: ¡seguidlo o apartáos!

Justifiquemos estas premisas.

III

La Medicina es una ciencia severa y voraz, que pide todo el espíritu y todo el hombre. El médico, en toda la energía y la nobleza del vocablo, debe tener las más raras, opuestas y agudas facultades. Saber vasto y profundo: todas las ciencias puestas al servicio de la Medicina, es decir, todas las que ha creado y cultivado el genio humano: la física y la química, las matemáticas y la mecánica, la meteorología, la bacteriología y la botánica.

Todas las ciencias médicas intrincadas y vastísimas: y estas ciencias no deberán ser asimiladas en noches de insomnios, en lucha porfiada y embrutecedora con los libros. Deben ser vividas, realizadas, palpitantes, y entrar en el espíritu en largos meses, en largos años de intimidad con los males y las miserias del hombre, viéndolas nacer, echar sus raíces en las profundidades de la vida, crecer, desenvolverse, ahogar, deshacer y matar. Para comprender los males del hombre casi debemos sentirlos en nuestra propia sangre y en nuestra propia carne.

Nuestro saber debe ser copioso, rebosante, rápido y matemático, como un reflejo. El arte médico, todo acción, no da tiempo, ni consiente esperas: o se sabe o se cae; saber difícil porque, hecho de individualidades, ha de abarcar todos los tipos y todos los matices – ciencia de matices infinitamente movible y variada, casi superior a la experiencia humana.

Todas las facultades de la inteligencia, todas las energías del carácter, todas las exquisiteces de los sentidos, y estas facultades no pueden ser aisladas, formando como picos abruptos en el espíritu: deben ser armoniosas, proporcionadas, capaces de un equilibrio casi milagroso, y dando como resultante un hombre, en toda la fuerza de la palabra.

Un médico es, ante todo, un hombre a quien, en el tipo superior, nada falta ni nada sobra: una armonía humana. Veamos algunas de estas facultades en la acción.

IV

El médico ha de tener un raro poder de intuición o de síntesis, un golpe de vista fulgurante y certero. Ha de abarcar, de una mirada, el conjunto y los detalles en su individualidad y en su engranaje, en su subordinación y en su independencia. Ha de encadenar mil juicios, mil racionios, mil sensaciones, mil recuerdos – todo el pasado volcándose sobre el presente en un instante improrrogable y fugitivo; y llegar, por una especie de adivinación rápida y penetrante como un dardo, a la

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

noción justa y casi siempre definitiva, del mal y del remedio. He aquí la fuerza médica en toda su magia y todo su brillo, y que fue la gloria de nuestros abuelos.

Pero el poder de síntesis, la intuición o el golpe de vista deparan, a quienes los cultivan con demasiada confianza, dolorosos fracasos. Es que a esta facultad luminosa, hecha de fe, de ardor y de entusiasmo, ha de oponerse en el mismo espíritu esta otra facultad, hecha de duda, de serenidad, de sabia y ponderada frialdad: el análisis.

Cuando la intuición ha sometido a la realidad y llegado, de un aletazo, al mal que nos atrae y nos provoca, en el fondo mismo del espíritu surge un juez nuevo que reclama tiempo y calma. Os detenéis helados, sobrecogidos, libres casi de vuestra alucinación y de la embriaguez de vuestro propio genio, y veis desfilar, de nuevo, las largas teorías de hechos vividos, ahora precisos, destacados; limpios y vigorosamente individualizados. Comparáis, medís, pesáis, buscáis las armonías y los contrastes y empezáis a ver sombras y dudas en lo que creáis claro como la luz del mediodía e inmovible como una roca. En fin: después de largos combates íntimos entre las ideas luminosas y las pasiones oscuras que quieren fijaros en el error, llegáis a la visión justa de las cosas y de la realidad, esta vez imperiosa e incontrastable. Ibais a caer en falta que pudo ser lamentable o funesta, y el análisis os ha salvado: ha salvado acaso una vida...

Pero si la síntesis audaz y fogosa que os deslumbra, os enceguece; si el análisis enmarañado os envuelve en las redes de vuestra ciencia minuciosa o libresca, todavía el espíritu humano tiene fuerzas y recursos fértiles para evitar el desastre.

Por encima del análisis y de la síntesis hay una facultad oscura y humilde, pero grande y luminosa en los minutos decisivos, y que es como la fuerza subterránea del genio en las ciencias de acción; el buen sentido, el sentido común, el sentido de la realidad, la facultad de ver las cosas en su orientación natural y justa; algo como una visión de verdad que penetra, inunda, desborda y vence las más irreductibles resistencias.

Cuando vuestra intuición genial y vuestro saber profundo os llevan de consuno al error, surge el buen sentido, análisis y síntesis supremos, y os muestra con dedo profético el despeñadero fatal. Entonces os replegáis sobre vosotros mismos y volvéis a recorrer de nuevo, armados de vuestra duda, que es ahora vuestra fuerza, el empinado y tortuoso camino, y llegáis por fin a la verdad definitiva y sin réplica.

¡Ay del médico que carezca de esta facultad soberana: el sentido de la realidad! Tendrá el espíritu abierto y un saber deslumbrante; será acaso capaz de vastas síntesis; pero si, al mirar las cosas, las ve fuera de su plano real, avanzadas u oblicuas, su vida será una cadena de

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

desastres. Ni la experiencia, ni los derrumbes podrán salvarlo. No olvida, ni aprende, porque a ello se opone la óptica peculiar de su espíritu. Sabrá acaso ocultar con destreza sus faltas, pero sus noches no serán envidiables. Por fortuna este médico, en todo el rigor del tipo, no existe. Cuando un médico sobrevive a sus caídas, es que tiene una fuerza real y profunda que hace equilibrio a los momentáneos desfallecimientos de su espíritu.

V

Quien quiera entrar en nuestro santuario, he dicho yo, en otra ocasión, que consulte su horóscopo: sea solamente médico, si el destino le hace soldado. En efecto, la Medicina es una ciencia de acción, angustiada, decisiva, fulminante como una carga de coraceros.

Os llaman para salvar una vida: el enfermo, ansioso, atormentado, inquieto ante un mal que parece venir de lo hondo y amenazar todas las fuentes de la vida, os interroga, os suplica, se estremece, se ahoga: va a morir. Llamáis en vuestro auxilio a todas las fuerzas de vuestro corazón y vuestra mente; juicio, raciocinio, intuición, adivinación, buen sentido, experiencia, visiones del pasado, piedad, deber, orgullo, y todas acuden vigilantes, resueltas y sumisas y todas se tienden en un espasmo supremo, casi hasta romperse. Tras este esfuerzo, en que se resume y se condensa una existencia, el velo se descorre: surge el alba, la luz penetra en todos los rincones de nuestro cerebro; vemos, tocamos el mal, el peligro, la crisis y el órgano que mata. Pronto un bisturí, un cuchillo, una lanceta, todo lo que corte o hiera. La sangre corre, el rostro del enfermo se ilumina, el pecho se dilata, el aire entra, el corazón tumultuoso se calma, la montaña que oprimía al pobre moribundo se derrumba: respira, vive, ¡está salvado! General: ¡os saludo!

Y esta lucha emocionante, esta tensión brutal que hace casi estallar el cerebro, esta angustia, esta fiebre, este prodigioso consumo de energía, es la obra de toda una existencia que no consiente tregua, ni reposo, ni respiro. Una vida salvada, otra lo llama. ¿Se detiene siquiera a recibir el justo premio de su esfuerzo magnífico, la efusión al menos de las almas agradecidas? Casi no cree que lo merece. ¿Salvar vidas? Cosa banal y corriente, casi despreciable. ¿No es su oficio?... Además no tiene tiempo para detenerse en tales bagatelas... Su emoción de un minuto, si la hay, morirá en el minuto siguiente, arrastrada por el torbellino. Va, pues, rápido a donde le llama el drama eterno. Nuevo y rudo combate. Esta vez la muerte triunfa. Dolor profundo, que se proyectará acaso sobre toda la vida. ¡Tiene tiempo para sufrir!... Y nuevas vidas que salvar y nuevos angustiosos combates, siempre enfrente la muerte, implacable y siniestra. Y así, por

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

los años de los años, la batalla, el triunfo, la derrota, alegrías breves, fugitivas, dolores largos, tenaces, inacabables; siempre la acción, siempre la lucha, siempre el vértigo; he aquí nuestra profesión.

¿La hay en que la acción sea más grande, prolongada, violenta y decisiva? Sólo el soldado puede compararse al médico, pero le es inferior. El soldado, asiste, sin duda, a terribles o locas hecatombes y pasa por todas las mortales zozobras de la lucha; pero es un minuto en la larga existencia. Después viene el reposo, la calma, la molicie y la gloria.

La acción del médico es continua, implacable, inevitable, interminable, larga como la vida. El soldado tiene, sin duda, un escenario más vasto y nada iguala al horror trágico, a la grandeza apocalíptica, a la estupenda belleza humana de estas guerras modernas, prodigio de energía insospechada y milagrosa, revelando en los pueblos y en los hombres, las fuerzas que los antiguos reservaban a los titanes fabulosos o a los hijos de los dioses. Pero si reunís en un haz de dolores y alegrías, triunfos y desastres, todos los dramas íntimos que pasan todos los días en todo el mundo, en nuestras almas de médicos y en el secreto de los hogares, os resultará un drama inmenso y silencioso, de una hermosura y una pujanza que asombran, aplastan y anonadan.

Además, la guerra no es útil ni necesaria, aunque Moltke haya dicho lo contrario. La guerra es un crimen satánico, cuando no es un delirio furioso de los pueblos. Respetemos a los que la hacen para defender sus hogares amenazados, para defender su civilización, que es el alma de su alma; para defender la libertad y el derecho de nobles pueblos indefensos, brutalmente agredidos. Inclinémosnos, penetrados de una admiración que es una inmensa emoción religiosa y una profunda piedad, ante esos héroes que han vencido a la historia y han muerto por grandes y generosos ideales. Saludemos con tristeza infinita las sombras de esos hermanos, a quienes deberemos el no ser esclavos; pero condenemos virilmente, desde todos los sitios, aún desde esta eminencia, a los que provocan esas fantásticas masacres humanas por puro anhelo de expansión o de dominio y para extender el reinado de su cultura y de su raza.

¿Y por qué de su raza? Si esta oscura vida nuestra tiene un fin, si es algo más que el connubio fortuito de los gérmenes errabundos en una de las caprichosas voluptas de la tierra, ese fin no puede ser otro que el de vivir en paz bajo la caricia del sol, padre de todos, y gozar fraternalmente los dulces bienes de la naturaleza y los que ha creado el genio del hombre. De la destrucción no hace nada. ¿Lo comprenderán, al fin, los que han desencadenado esta lucha fabulosa e inútil? ¿Comprenderán, como el Cristo, que en su candor supremo fue un gran filósofo y un prodigioso adivino, que fuera del amor o, al menos, de la

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

armonía, no hay para nosotros ninguna esperanza, ni en el hogar, ni en la patria, ni en la tierra? Yo lo dudo. La historia nos muestra la invencible tenacidad del hombre en la obra del mal. Los mismos sueños trágicos, eternamente ahogados en la sangre, vuelven con una monotonía desesperante. ¿Nacerá esta vez la vida de tantas tumbas dispersas y la luz del caos en que nos sentimos sumergidos?... Pero dejemos que las cosas y los hombres marchen a su destino. Hagamos Medicina. En el torbellino que nos lleva, crearemos llegar más pronto al fin de esta lucha en que combaten las ideas, las pasiones y los fantasmas de todos los siglos, y casi oiremos menos estrépito de los mundos que se desmoronan y de los pueblos que mueren. ¡Oh! la Medicina. ¡Qué filtro prodigioso contra los dolores íntimos y los que corren en bandadas por todas las rutas humanas!

Si la guerra es un crimen, la Medicina es una virtud, la virtud más alta, ya que la vida es y debe ser la religión del hombre.

La guerra es la desolación, la ruina, el deshonor, la violación de todo lo que el mundo ha creado de puro e inmaculado, la ignominia, la sombra, el oscurantismo, el fanatismo, los instintos brutales victoriosos, el pensamiento vencido: la guerra es una inmensa negación. El soldado es el sacerdote de la muerte.

La Medicina tiende toda ella a la construcción y a la vida. Quiere salvar todo lo que la guerra mata, quiere salvar al hombre sus sueños inmensos y sus inmensas esperanzas. Quiere más luz, más amor, más vida, que el pensamiento vuele a las alturas, que la voluntad pueble el mundo de maravillas, que el corazón halle nuevas y sutiles sensaciones, que los hombres sean más fuertes y las cosas más bellas, que todo florezca en la naturaleza para bien y regalo nuestro, que la ciencia penetre el mundo y los seres y el arte nos dé la sensación sobrehumana del vasto universo; que en otros términos, el hombre, siguiendo la luz interior que lo guía, trabaje, sufra, luche, cree y señale nuevas formas y nuevos derroteros y nuevas razones de amar y celebrar la vida; que las larvas de ideas y los instintos oscuros, que apenas se agitan en nuestros cerebros, lleguen a todos los esplendores y todas las armonías de la forma y el ritmo; que el hombre, en fin, realice todo su destino, todo el amor, todo el dolor, todo el pensamiento, toda la acción; la Medicina es una inmensa afirmación. El médico es el sacerdote de la vida.

VI

Tanto como la aptitud para la acción, hace falta al médico una noble sensibilidad, no tan exquisita que turbe su juicio, ni tan mísera que le prive de la simpatía humana, que es una de sus fuerzas, y sin la

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

cual su ciencia, por vasta que sea, corre al fracaso. ¿Qué, sino el amor, puede sostenernos en esta lucha áspera y perpetua con la muerte, el dolor o la miseria humana, que es el fondo del arte grave a que nos consagramos? ¿En dónde sino en el amor hallaremos resortes para volver a empezar a cada instante este eterno y doloroso trabajo de Sísifo? ¿En dónde sino en el amor hallaremos resortes para desafiar los peligros a veces mortales que nos amenazan, o para galvanizar este triste instinto que el terror enloquece y aniquila? ¿En el interés y en el celo por nuestro nombre? ¡Fuerzas pequeñas para levantar una voluntad agotada y soñolienta, que tiende, por una inevitable ley de la naturaleza, a la inmovilidad y al reposo!

Además, el interés y el nombre lo salvan siempre los que conocen las rutas trilladas por donde va el pensamiento de la gente. ¡Es tan fácil escudar nuestra ceguera o nuestra culpable negligencia detrás de las inevitables fatalidades de la vida o de la muerte! En todo acto médico hay una cuestión de conciencia oscura e impenetrable.

Al contrario, si amamos a nuestro enfermo, si sentimos su dolor en carne propia, si nos sentimos unidos a él por una fraternidad cálida y generosa, nuestro pensamiento vigilante y alerta, ni se cansa, ni se agota y, por una especie de clarividencia superior que sólo se halla en los instintos y en las pasiones, presentimos o adivinamos las catástrofes que amenazan. Además, ninguna cobardía será entonces más fuerte que nuestro deber austero e ineludible.

Un problema médico no es, pues, un problema algebraico: es un problema humano y palpitante. Nadie sabrá resolverlo si no tiene en el alma esa doble vista que sólo dan el amor y la profunda religión de la vida.

VII

Graves asuntos maneja el médico como árbitro indiscutible e indiscutido: la fortuna, el honor, el orgullo, la vanidad, la salud, la belleza y la vida, es decir: todo lo que hay en el mundo y responde a un interés o a un anhelo humano. Esta tarea prodigiosa exige, como lo vamos viendo, las más raras cualidades; pero sobre todas ellas, sobre la ciencia misma, se cierne, a gran altura, esta cualidad maestra, sin la cual la Medicina sería un largo delito: la conciencia.

El hombre honrado no irá jamás más allá de lo que ven sus ojos y consienten su saber y su experiencia, porque sabe que más allá está la falta casi inevitable, acaso el crimen. Y él sabe también que hay barreras sagradas que nadie puede saltar sin envilecerse. *Primum non nocere*: tal es la ley suprema, y como la divisa de la Medicina

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

tradicional. El que haya sabido hacerle honor durante una vida, es un justo y merece una estatua.

El deber es rudo y difícil en nuestro arte lleno de sorpresas, de acechanzas y pérfidas seducciones. Está a menudo enfrente de nuestros intereses, de nuestras pasiones, de nuestro orgullo, de nuestra vanidad, todo lo que halaga, envuelve y manda en nuestras almas. He aquí un enfermo. Mi saber no alcanza a comprenderlo por entero. ¿Lo opero, lo trato? Si lo opero, mi mano podría traicionarme, y, además, un simple elixir lo curará acaso. Si lo trato, lo expongo a serios peligros: si no lo opero ni lo trato, lo pierdo sin remedio. Y, ¿mi situación en la sociedad y en el mundo, la vida y sus exigencias, el renombre, la notoriedad, la aureola y la gloria, que son la piedra angular de las fortunas médicas? ¿Cederé a otros el pedestal que el azar me destina? ¿Me quedaré en la sombra, humillado y empequeñecido, para que otro surja a la luz? He aquí el problema, he aquí la lucha impresionante, que se libra todos los días en la conciencia del médico. El hombre honrado triunfa de sus vacilaciones, triunfa de sus egoísmos, triunfa de todas las fuerzas oscuras que quieren encadenarlo y cumple con su deber simple y noblemente. Es un hombre y, sin saberlo, casi un héroe.

He aquí un ser que sufre: padece un mal contagioso y terrible. Si tomo el mal, moriré sin falta. ¿Lo abandono, pues, por una razón convincente y falsa, de éstas que ponen a mi alcance por millares el genio de la mentira, tan fino y sutil en nuestro arte? Del fondo de mi conciencia surgen voces seductoras que me lo aconsejan. ¡Morir! ¡La sombra, el caos, el silencio, la nada!

¡Y esta savia de juventud que me inunda y me ahoga, esta sed, esta hambre de todo, este inmenso deseo, esta vasta esperanza que hierve en mis entrañas y el amor, la esposa, el hijo, el amigo, todos los afectos, todos los goces humanos, tan dulces, tan consolantes? ¿Dejaré esa luz del sol que acaricia mis pupilas, ese aire blando y amigo en que siento vibrar mi ser entero; las armonías de la vida, que son la eterna música de los que viven; los regalados frutos, las flores, los perfumes, todas las cosas gratas y sensuales de que la tierra rebosa? ¿Y el mundo moral con todas sus grandezas, las ideas y la ciencia, los triunfos y sus ásperos placeres; la acción sobre los hombres y el imperio sobre las almas, el prestigio, el poder, la gloria, todo el magnífico destino prometido a mi fuerza y a mi audacia?

Siento que esas voces de sirena me arrastran; voy a huir: puedo hacerlo en el misterio, en el silencio... Me detengo: de más allá, de más lejos, de lo más hondo sale una voz grave, ruda, y serena que suena como un apóstrofe del Bautista: "Detenéos, dice, pobre médico y mal hombre: si el deber no te atara a tu enfermo con lazos sagrados, te ataría tu propio interés y tu propia ambición. La Medicina es un arte

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

implacable y sin entrañas: mata a los que lo traicionan. Fuera del deber como en el infierno del poeta, no hay para el médico ninguna esperanza. Defendéos como sabéis y después morid, si debéis morir. ¿Por qué queréis escapar a la fatalidad que aceptaste al recibir vuestra noble investidura? ¿Eres médico sólo para los casos amables y los histerismos elegantes y perfumados? Podéis iros, sin embargo, pero a una condición: que dejéis la Medicina a almas más fuertes y voluntades mejor templadas. Los negocios os esperan: pobre cartaginés, has errado tu vocación. Este oficio de rudos poetas no es el vuestro. ¿Querriais seguir siendo médico después de esa cobardía sin nombre? No, la Medicina os expulsa. Si no sois capaz del deber no sois capaz de nada. La Medicina es un arte de abnegación y sacrificio. Si no cumplís ahora vuestro deber, alma floja y rampante, no lo cumpliréis nunca. ¿Y pretenderéis marchar por el mundo fuera del deber, y pretenderéis cometer mil veces la misma cobardía, la misma falta? ¿Ignoráis que nadie ha logrado jamás engañar al tiempo? Algún día, y no lejano, sólo vos no sabréis que eres un miserable, y los miserables están fuera de esta función augusta que la sociedad ha cometido al médico. Creed: en Medicina, arte extraño y sorprendente, la única cosa útil y fecunda es el deber. El deber y el interés se confunden”.

Después de mi terrible pesadilla, me yergo y tomo mi puesto al lado del desgraciado, que todo lo espera de mi valor y de mi ciencia. He tenido una caída momentánea, pero me he vencido, he triunfado y me siento más grande después de mis terribles vacilaciones. ¿Vencerse a cada instante no es la obra de toda la vida? ¿No es la más grande de las obras viriles? En tal caso, en presencia de ese drama íntimo en que se ha envejecido en un minuto, descubríos y contemplad, si podéis, las lejanías insondables que descubre la conciencia humana en esta profesión extraordinaria y única.

Otro caso: he aquí un hombre que os entregan los jueces para que decidáis de su destino. Intereses sórdidos le acusan de demencia y quieren matarle para la ley y para el mundo. Le estudiáis con unción profunda, como rezan los cristianos por los humildes y los desamparados. Se trata de la vida del espíritu, mil veces más grande que la vida de la carne. Los que mueren por el cuerpo van a la calma y a la paz inviolables de la disolución suprema. Los que matáis por el espíritu, si están sanos, pasarán su vida en los últimos círculos infernales del Dante. Piedad, pues, y simpatía, noble sacerdote de la religión más grande que han conocido los siglos: ¡la religión de la verdad y de la ciencia!

Entráis en esa alma que el terror encoge y oscurece: tocáis todos sus resortes, asistís a todas sus operaciones, sentís sus inquietudes y sus infinitas tristezas... De repente todo vuestro pasado de rectitud y de pureza, de odio profundo por las grandes iniquidades, de simpatía

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

vibrante por todas las miserias del hombre, de lucha ardiente e incansable por los débiles y por los pequeños, acude a vuestro espíritu por una especie de espontánea evocación y todo vuestro ser se yergue en un arrebatado de generosa indignación. De un gesto, que es el honor de vuestro arte, rechazáis el oro que quiere venir a vuestras manos; confundís con vuestro silencioso desdén a la avaricia que quiere matar el pensamiento, avaricia doce veces infame, y devolveréis al paria, al desgraciado que sucumbía bajo el oprobio, que sentía ya las cadenas sobre sus hombros y la cólera impotente, el martirio supremo de las almas viriles, revolverse en sus entrañas, devolvéis decía, al miserable a la sociedad, a la dignidad y a la vida.

Salvar una vida es poca cosa para quien lo tiene por oficio; pero salvar un alma es una obra emocionante y honda que pone en nuestros corazones la embriaguez y el ardor purísimo de los actos religiosos, y nunca nuestro arte soberano aparece más grande en su inmensa misión de paz y de justicia.

Y no se trata aquí de entusiasmos más o menos generosos o de fantasías amables. Se trata de hechos vividos y palpitantes.

Un juez bueno, desorientado por la violencia de las pasiones que se agitaban alrededor de un desgraciado que era dueño de una gran fortuna, y por contradicciones de orden científico que llenaban el proceso, quiso entregarlo sin reservas a mi honor y a mi conciencia.

Lo ví: estaba enconado y receloso. No creía en nada ni en nadie, y los médicos, sobre todo, le inspiraban un horror invencible. En cada uno de ellos veía un enemigo o un instrumento bajo y servil de sus verdugos. Supe inspirarle confianza y me abrió su alma ulcerada.

Le encerraron por sorpresa en un manicomio. Allí sufrió torturas indecibles, todo lo que un hombre puede sufrir sin morir. A este ser altivo le atormentaba sobre todo la idea de haber perdido su condición de hombre. Nada pedía, nada mandaba, - él que había mandado siempre, - que no fuera una locura para aquellas gentes, que parecían tener la locura en el fondo de los ojos. Los deseos más sagrados, los actos más razonables, las protestas más cultas y más humildes, no lograban otra cosa que golpes o befas sangrientas, de aquella servidumbre amaestrada en todas las crueldades y todas las bajas tiranías. Los locos eran los únicos que se mostraban a veces razonables y piadosos.

Estaba así, en la soledad más espantosa que sea dado concebir en la vida, porque era la trágica soledad de la conciencia, en medio de una multitud sorda y hostil, herida por el prejuicio, que es la muerte anticipada del pensamiento. ¿Qué podría importarle a esas almas serviles, cristalizadas en el error, sus gritos de desesperación y de angustia? ¿Por qué habían de escuchar a esa bestia enferma, cuya mente era delirio, cuya voluntad era impulsión ciega, cuyas pasiones

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

eran vértigos monstruosos? Así el mundo le repudiaba como un animal dañino, y por eso le habían encerrado en aquella jaula guardada por perros hambrientos.

Él se sentía sano, fuerte y bueno, pero, ¿cómo transmitir a los otros sus irreductibles convicciones? Jamás lo podría, y su destino parecía ser morir en su abandono, en su inmensa miseria, con el estigma irreparable de locura que le habían impuesto los hombres. ¿Y su mujer, y sus hijos, y sus amigos, y los hombres de bien, de que el mundo rebosa, y la justicia inmanente de las sociedades humanas? Nada ni nadie acudiría jamás en su auxilio, un macizo de rocas inviolables lo separaba de todo. Y en su dolor infernal llamaba a la muerte, que, más piadosa que los hombres, esperaba la hora de la reparación y de la justicia.

Un día huyó del manicomio y fue a refugiarse en casa de un amigo.

¡Qué ligereza de cuerpo y alma, qué consuelo, qué alivio, qué extraña y profunda dicha en sentirse otra vez libre y hombre! Todo crecía en mí y se agigantaba. Me sentía capaz de todas las empresas, y comprendía apenas mis terribles desfallecimientos del asilo. A cada paso que daba me parecía avanzar un mundo. La conciencia de mi libertad me dio el solo instante de felicidad absoluta, áspera, candente que he gustado en la vida.

Mi dicha no fue larga. Mi amigo era bueno y generoso, pero, aunque ponía toda su bondad, que era su genio, en disfrazar sus reticencias, las leía yo como en un libro en los ojos de su mujer y de sus hijos. Había en ellos una inquietud extraña, un temor vago, como el que nace de la vecindad de una fuerza humana, misteriosa y fatal, libre de las trabas morales que son las leyes de equilibrio de la voluntad, algo como la visión de un peligro al cual el azar los librara sin defensa. De noche corrían los cerrojos.

Salí a la calle. Hallé muchos amigos que me saludaron cordialmente, pero ponían en sus saludos sonrisas enigmáticas que me atormentaban. A veces hallaba las mismas sonrisas estereotipadas en rostros desconocidos. Un niño, que sin duda me conocía, al encontrarse conmigo de improviso retrocedió a la carrera, y no se detuvo a examinarme sino a la distancia. En fin, un día llegó a mi oído, silbando como un dardo, una palabra que me heló de espanto: ¡loco!, gritó una voz infantil. Terrible niño. Con una palabra acababa de matar a un hombre.

Estaba, pues, siempre en el manicomio. En el mundo no hay más que guardianes de locos. Por huir de la pequeña prisión en que mis vergüenzas se pasaban en privado, he caído en este inmenso manicomio del mundo, en que se pasan en la plaza pública. Por recobrar mi imperio de hombre, lo pierdo para siempre y por completo.

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

Huyo de la tiranía de unos pocos y caigo en la tiranía de todos. Aquel coro de befas dolorosas y humillantes que moría en los muros de mi prisión, se ha hecho un clamor resonante y formidable que llena la ciudad entera. Esperaba apelar ante la sociedad de la condena infamante ¡y la sociedad me condena sin oírme!

Pero, ¿tiene tal fuerza la calumnia interesada y baja? ¿Un alma vil, miserable, *doce veces infame*, puede así imponer sus monstruosas maquinaciones a la sociedad entera? ¿El desgraciado a quien mata la mentira está, pues, muerto para siempre? ¿No hay, pues, fuerzas de equilibrio en la sociedad humana? ¿Vivimos, pues, de la piedad y el perdón de los asesinos, es decir, de los calumniadores? ¿Qué me queda que hacer en esta horrible emergencia? ¿Morir? Esta palabra me tranquiliza. Ahora estoy libre y tengo el remedio en mi mano. ¿Matar? y, ¿para qué? ¿Qué le importa al polvo de los caminos de las míseras pasiones de los hombres? ¿Volverme al manicomio? Será tal vez lo más sabio. Mis perseguidores dejarán siempre caer algunas migajas de mi fortuna para costear mi humilde vida.

En estos terribles trances, una voz amiga y valiente vino hasta mí: ¡No!, pobre desesperado y poltrón indigno: ni morir, ni matar, ni volver a la tumba del asilo. Luchar y vencer, he aquí tu deber y tu bandera. La sociedad tiene hermosas defensas e inmortales resortes de justicia. Hay jueces en esta tierra de promisión, hay almas llenas de piedad, hay conciencias puras como el cristal e inmovibles como una roca, a las que nunca llegará la escoria que arroja la marea humana; y más allá de los jueces y los verdugos está la ciencia incorruptible, que no se hará nunca traición a sí misma; que puede tener desfallecimientos, ciencia humana al fin, pero que, cuando tome conciencia de sí misma, estará siempre y valerosamente, heroicamente si es necesario, del lado de la verdad, del lado de la inocencia, del lado de los calumniados y las víctimas, y enfrente de los victimarios y los miserables calumniadores.

Y el desgraciado creyó en la justicia y en la ciencia, creyó en el juez bueno, que el azar le había deparado, luchó y venció.

Vino a verme después del triunfo. Cayó de rodillas. No dijo nada, pero yo oí una oración inmensa, ardiente, una de esas oraciones en que el alma mística se entrega de una manera absoluta y sin reservas, y quiere morir para cristalizar en una eternidad la emoción que la embarga. Y sentí entonces la belleza severa, la magnífica grandeza, la formidable trascendencia social del arte que profeso, y jamás fue mayor en alma alguna el orgullo de ser médico.- ¡Sublime ministerio! – Yo sentí en aquel momento que había creado un hombre.

Los médicos que cumplen así su noble destino merecen de la sociedad los más grandes homenajes. Ésta debe colocarlos y los coloca entre las más bellas figuras humanas, aquéllas ante quienes todos se

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

inclinan, aquéllas que deben inspirar e inspiran las devociones más filiales y más hondas.

¡Oh!, con qué emoción profunda recuerdo yo siempre a mi ilustre maestro Potain, el prototipo de la conciencia profesional y la figura más augusta de su tiempo en la medicina francesa. Potain fue un sabio profundo, pero su honestidad y su bondad eran todavía superiores a su ciencia. La conciencia impecable se revelaba en este viejo sublime hasta en las minucias de su arte prodigioso, y ella era tan grande que llegó casi a comprometer sus magníficos destinos. El horror a la mentira encadenaba sus audacias y detenía los vuelos de su grande espíritu. En cambio, lo que hacía era de hierro, y ahí queda consagrado al tiempo.

Permitidme que salude, al pasar, al caballero sin tacha, que fue la encarnación del honor en su arte y en su raza.

En el polo opuesto tenemos al hombre de conciencia ligera y vacilante. Éste no se detiene ante tan frágiles barreras: trata, opera o descalifica y sigue su camino a veces entre aplausos y alabanzas de esta triste grey humana, eternamente infantil o candorosa, casi tan ciega y fanática como las multitudes de los tiempos sacerdotales. ¿Noufrof no es de nuestros días? Por fortuna, la carrera de estos hombres no es larga; la propia Medicina por los medios de defensa que le son peculiares, los reduce, en general, a la inmovilidad o a la impotencia.

Esto para los casos comunes. ¿Pero, qué sucedería si un alma siniestra se extraviara en nuestro campo? ¿Y qué faltas, a qué odiosos abusos, a qué violaciones, a qué bajas concupiscencias, a qué crímenes no podía llegar en la impunidad que le aseguran la dignidad, y el misterio de su arte? La mente se oscurece y el corazón se cierra de dolor y de vergüenza al solo pensarlo.

Añado: ¡qué grave, trascendental e imponente es una profesión que da tan espantoso poder para el mal y un imperio tan absoluto y despótico sobre la vida y los bienes del hombre! Y por este ángulo la Medicina me aparece en toda su terrible majestad, más grande que la de los reyes de la tierra.

Estos abusos de poder serán raros en una ciencia que cultiva la realidad, es decir: la verdad suprema. La sinceridad y el honor que son la verdad moral, nos aparecen así como una enseñanza casi mecánica de los hechos y de los sucesos en que se desenvuelve nuestra vida. Y si esto no es verdad, el hombre enfrente de este coloso hecho de fuerza y de misterio, que es el médico, no tiene más que una defensa eficaz y siempre decisiva: entregarse a nuestro honor y nuestra conciencia profesional. Honremos, pues, a la conciencia y pongámosla en nuestros corazones y en nuestros juicios por encima de la ciencia y las más altas y luminosas facultades. Así crearemos nuevas generaciones de

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

prácticos, que serán el orgullo de la Medicina nacional. En todo caso, admirad conmigo a ese ser grande y extraño, en cuya conciencia íntima, impenetrable e inviolable descansa todo el misterio de la vida humana.

VIII

Todas estas cualidades y virtudes serían inútiles sin una larga, sólida y muy nutrida experiencia. La efigie de la Medicina es un viejo. No quiere esto decir que la vejez sea una condición de la fuerza y del saber médicos: si así fuera, la Medicina sería una monstruosa ironía o una burla trágica. Para llegar a ser médico habría que sembrar el mundo de miserias y de dolores. No: esto no sólo quiere decir que el médico, eficaz y benéfico, debe tener una experiencia tan vasta, variada y segura, que venza a los años y precipite las etapas de la vida: una experiencia vieja.

La clínica – y a la clínica tiende la Medicina entera, - es una obra personal; es necesario haberlo visto todo con sus propios ojos y tocado todo con sus propias manos.

Los bellos libros, acicalados y armoniosos, son jeroglíficos o inscripciones frustráneas, que sólo os enseñarán descifrar vuestra propia experiencia. Las lenguas son incapaces de pintar las fisonomías médicas, como son incapaces de pintar las fisonomías humanas. Ved, tocad, controlad, individualizad, fijad, vivid las realidades que pasan en tropel delante de vuestros ojos. Cuando lo hayáis visto todo, experimentado, tocado y vivido todo durante largos meses o largos años, en todos los estados del cuerpo y del espíritu, empezareis a ser médicos.

En cuanto a serlo por completo, aún dentro de la limitación humana, no os dejéis mecer por esperanzas falaces: ¡no lo seréis nunca! Continuaréis siempre subiendo la áspera cuesta y allá, al fin de la vida, la cumbre os aparecerá como una blanca visión lejana y pensaréis acaso, iluso incurable, que la alcanzarán vuestros nietos.

Resignaos o renunciad: la vida y la ciencia no ofrecen más vastas perspectivas. Saber siempre más, “nunquam satis”: tal debe ser vuestra única bandera.

La experiencia, pues, la experiencia interminable y personalísima, es la condición de la Medicina. El genio mismo, con todos sus vuelos y sus prodigiosas adivinaciones, no escapará a esta ley inquebrantable. Si quiere marchar en este terreno ondulante y movedizo deberá también inclinarse, ver, oír, trabajar con sus manos, y ponerse en comunión ardiente, con la realidad y la naturaleza. Armad si no al genio de libros, y ponedle enfrente de uno de esos problemas

2 de setiembre de 1916

Transcripción de: Dr. Antonio L. Turnes – 18 de julio de 2009

vagos o sutiles de la Medicina diaria; el vacío, con sus lejanías vertiginosas, se abre delante de sus ojos; todo es confuso, esfumado, impreciso y enigmático. Lo que en los libros era claro como una fórmula algebraica, se vuelve oscuro e ininteligible. Si el buen sentido no lo salva, si no siente o comprende su debilidad o insuficiencia, si le engañan los locos arrestos de su fuerte temperamento, que vaya adelante. ¿A dónde le lleva su audacia?... Al error, al desaliento, a la desesperación, a la caída, al derrumbe, a la falta, al crimen, a todo lo que lleva este grave juego en que se empañan o pierden vidas humanas. El bello cerebro fracasa y se desmorona, - trasto inútil como el de un imbécil o un insensato. Es que, como lo he dicho antes, esta ciencia voraz y severa, que pide todo el hombre y toda la vida, no se aprende, ni puede aprenderse en los libros. Para aprenderla es necesario mezclarse, sin vacilaciones y sin escrúpulo, a todos los horrores del sufrimiento y la desdicha. Es necesario entrar en el hospital, como un templo, para asistir, lleno de interés y de respeto, al gran drama de los males del hombre; desafiar todos los peligros y vencer las más rebeldes repugnancias; curar todas las heridas, lavar fraternalmente todas las llagas, seguir la lucha homérica del mal y el organismo en todas sus alternativas y todas sus angustiosas peripecias; ver cómo triunfan y matan o perecen y se disuelven los infinitamente pequeños; presenciar todas las agonías y todos los derrumbes, el dolor infinito o el trágico abandono de las supremas partidas, la dicha sombría de los que vuelven trayendo en la retina visiones de mundos dantescos; los lamentos de los que quedan solos, como muertos vivos, privados de su alma; los desórdenes del espíritu, la locura corriendo desatentada en la noche tempestuosa, como en el Rey Lear; el hombre lanzado fuera de su órbita y de su ley, como un astro vagabundo en las esferas celestes; debe, en suma, quien quiera aprender la Medicina, oír entera la vasta y terrible sinfonía de las miserias humanas. Y el médico no ha de contemplar estos inmensos dolores un instante, punto trágico y borroso en la historia de una existencia: debe vivir entre ellos, vivir de ellos, impregnarse de ellos, hacer de ellos su ambiente, y como su envoltura moral, y eso durante largos años, siempre, toda la vida, sin descanso y sin tregua. La experiencia del médico, experiencia necesaria, inevitable, fatal, es una larga comunión con el dolor y casi un dolor o una angustia inacabable. Vivir dolorosamente en nuestro ideal más alto, si hay ideales en el mundo, decía Nietzsche. Si esto es así, la Medicina es la más grande de las ciencias del hombre.

* * *